

**PAUL VIRILIO, (2012). *La administración del miedo*, Pasos Perdidos-Barataria, Madrid, 2012**

Virilio nos tiene acostumbrados a exposiciones breves, mínimas e intensas, como queriendo huir del discurso. Opta por el impacto de conceptos, términos casi siempre sugestivos, dejando al lector su argumentación, que los masque. Opta por formatos no modernos o, al menos, lejos de la modernidad. En esta ocasión, desarrollando el libro a través de un diálogo-entrevista, da un paso más en su alejamiento de tal modernidad. En la forma y en el contenido.

Arquitectura, urbanismo, filosofía, biología, matemáticas o ciencia política son articuladas para retomar aquí algunos de los temas que le han catapultado como uno de los pensadores críticos más originales de los últimos años. La relación entre velocidad y poder sigue siendo protagonista, como las consecuencias de esta relación sobre la reorganización del complejo industrial y militar. Ahora proyectados sobre el Estado, reducido en su tamaño y funciones como producto de la evolución del intrínseco nexo entre poder y velocidad. Lo único que le queda por gestionar al Estado es el miedo, mostrando que es capaz de preservar la seguridad física de los ciudadanos. La velocidad nos amenaza y el Estado ha de velar por nuestra seguridad física, gestionando la salud y la protección física.

El ministerio que cobra relevancia es, como en la novela de Greene, el Ministerio del Miedo.

La velocidad, convertida hoy en la sociedad de la instantaneidad, genera afectos, sentimientos y, sobre todo, miedos. No hay tiempo para los argumentos. Ni para la opinión. Sólo para la reacción. Para una reacción que es simultánea en el mundo entero. Después, sólo queda tiempo para el sentimiento de culpabilidad. Sobre todo, por no haber llegado a tiempo. De hecho, la culpabilidad no surge tanto de incumplimientos morales basados en valores, sino por llegar tarde. Y estamos condenados a llegar siempre tarde a todo, cuando lo que se demanda es instantaneidad.

Radicalmente crítico con la teoría de la modernidad, apoyada en la violencia del progreso. Si cabe hablar de progreso, es el de las guerras. Empieza en un lugar, el de la infancia, y una circunstancia ya habitual en la obra de Virilio, como es la guerra. Nantes, ocupación en la segunda guerra mundial. Y, entonces, el concepto de ocupación crece, hasta nuestros días. Estamos ocupados, desde nuestro entorno a nuestro cerebro, pasando por nuestras ciudades, por el miedo. Sin que aparezca en las referencias, hay una conexión evidente con las ciudades de

cuarzo, de Mike Davis, aunque los estilos son muy diferentes.

La muestra, más que la demostración, de que estamos en una sociedad del miedo, es la columna vertebral de la obra. Manifestaciones de aquí y allá, atravesando todos los campos, desde el turismo (emigrantes de la felicidad), a los movimientos transfronterizos sin origen ni destino, de los emigrantes de la desdicha. Siempre el movimiento.

Como en obras anteriores, el texto es un pozo de ideas luminosas para el investigador social. Una especie de cajón de sensaciones preteóricas nace tras su lectura. Es cierta que algunas aportaciones llaman más a la intuición que a la razón, como, por ejemplo, la relativa al problema de la diversidad de ritmos. Pero, entonces, el autor se identifica como fenomenólogo, como el que revela verdades que están enfrente de todos. Como en sus primeros libros, como el de *La inseguridad*

*del territorio*, tan presente en éste, sus propuestas se convierten en un reto para la observación sociológica. Nos podemos preguntar así dónde está una teoría sociológica del miedo —algo se ha apuntado desde México o, de forma indirecta, por el abordaje sociológico de la guerra que plantea Hans Joas— y dónde el planteamiento de procedimientos de observación empírica cuando lo que se buscan son sentimientos y reacciones, en lugar de discursos, opiniones o razones.

Retos que lanza directamente a la metodología. Como cuando dice que estamos llegando al final de la era numérica (p. 76), a la salida del dominio de la lógica cuantitativa y la pérdida de funcionalidad de la estadística, que, no hay que olvidar, nace como ciencia del estado.

Javier Callejo  
UNED